

XI

—No le he dicho eso, señora, ni había para qué,—replicó Benina, viendo que Doña Francisca se excitaba demasiado, y que toda la sangre al rostro se le subía.

—Pero tú no recordarás lo que hicieron conmigo él y su mujer, que también era *Alejandro en puño*. Pues cuando empezaron mis desastres, se aprovechaban de mis apuros para hacer su negocio. En vez de ayudarme, tiraban de la cuerda para extrangularme más pronto. Me veían devorada por la usura, y no eran para ofrecirme un préstamo en buenas condiciones. Ellos pudieron salvarme y me dejaron perecer. Y cuando me veía yo obligada á vender mis muebles, ellos me compraban, por un pedazo de pan, la sillería dorada de la sala y los cortinones de seda... Estaban al acecho de las ganancias, y al verme perdida, amenazada de un embargo, claro... se presentaban como salvadores... ¿Qué me dieron por el San Nicolás de Tolentino, de escuela sevillana, que era la joya de la casa de mi esposo, un cuadro que él estimaba más que su propia vida? ¿Qué me dieron?

¡Veinticuatro duros, Benina de mi alma, veinticuatro duros! Como que me cogieron en una hora tonta, y yo, muerta de ansiedad y de susto, no sabía lo que me hacía. Pues un señor del Museo me dijo después que el cuadro no valía menos de diez mil reales... ¡Ya ves qué gente! No sólo desconocieron siempre la verdadera caridad, sino que ni por el forro conocían la delicadeza. De todo lo que recibíamos de Ronda, peros, piñonate y alfajores, le mandábamos á Pura una buena parte. Pues ellos cumplían con una bandejita de dulces el día de San Antonio, y alguna cursilería de bazar en mi cumpleaños. D. Carlos era tan gorrón, que casi todos los días se dejaba caer en casa á la hora á que tomábamos café... ¡y cómo se relamía! Ya sabes que el de su casa no era más que agua de fregar. Y si íbamos al teatro juntos, convidados á mi palco, siempre se arreglaban de modo que comprase Antonio las entradas... De la grosería con que utilizaban á todas horas nuestro coche, nada te digo. Ya recordarás que el mismo día en que ajustamos la venta de la sillería, se estuvieron paseando en él todita la tarde, dándose un pisto estrepitoso en la Castellana y Retiro.»

No quiso Benina quitarle la cuerda con interrupciones y negativas, porque sabía que cuando se disparaba en aquel tema, era mejor dejar que le diese todas las vueltas. Hasta que no puso

la señora el punto, sofocada y casi sin aliento, no se aventuró á decirle: «Pues D. Carlos me mandó que fuera á su casa mañana.

—¿Para qué?

—Para hablar conmigo...

—Como si lo viera. Querrá mandarme una limosna... Justamente: hoy es el aniversario de la muerte de Pura... Se saldrá con alguna porquería.

—¡Quién sabe, señora! Puede que se arranque...

—¿Ese? Ya estoy viendo que te pone en la mano un par de pesetas ó un par de duros, creyendo que por este rasgo han de bajar los ángeles, tocando violines y guitarras, á ensalzar su caridad. Yo que tú, rechazaría la limosna. Mientras tengamos á nuestro D. Romualdo, podemos permitirnos un poquito de dignidad, Nina.

—No nos conviene. Podría incomodarse y decir, un suponer, que es usted orgullosa y qué sé yo qué.

—Que lo diga. ¿Y á quién se lo va á decir?

—Al propio D. Romualdo, de quien es amigo. Todos los días le oye la misa, y después echan un parrafito en la sacristía.

—Pues haz lo que quieras. Y por lo que pueda sobrevenir, cuéntale á D. Romualdo quién es D. Carlos, y hazle ver que sus devociones

de última hora no son de recibo. En fin, yo sé que no has de dejarme mal, y ya me contarás mañana lo que saques de la visita, que será lo que el negro del sermón.»

Algo más hablaron. Benina procuraba extinguir y enfriar la conversación, evitando las réplicas y dando á éstas tono conciliador. Pero la señora tardó en dormirse, y la criada también, pasándose parte de la noche en la preparación mental de sus planes estratégicos para el día siguiente, que sería, sin duda, muy dificultoso, si no tenía la suerte de que D. Carlos le pusiera en la mano una buena porrada de duros... que bien podría ser.

Á la hora fijada por el Sr. de Moreno Trujillo, ni minuto más ni minuto menos, llamaba Benina á la puerta del principal de la calle de Atocha, y una criada la introdujo en el despacho, que era muy elegante, todos los muebles igualitos en color y hechura. Mesa de ministro ocupaba el centro, y en ella había muchos libros y fajos de papeles. Los libros no eran *de leer*, sino de cuentas, todo muy limpio y ordenado. La pared del centro ostentaba el retrato de Doña Pura, cubierto con una gasa negra, en marco que parecía de oro puro. Otros retratos de fotografía, que debían de ser de las hijas, yernos y nietecillos de D. Carlos, veíanse en diversas partes de la estancia. Junto al cuadro

grande, y pegadas á él, como las ofrendas ó ex-votos en el altar, pendían multitud de coronas de trapo con figuradas rosas, violetas y narcisos, y luengas cintas negras con letras de oro. Eran las coronas que había llevado la señora en su entierro, y que D. Carlos quiso conservar en casa, porque no se estropeasen en la intemperie del camposanto. Sobre la chimenea, nunca encendida, había un reloj de bronce con figuras, que no andaba, y no lejos de allí un almanaque americano, en la fecha del día anterior.

Al medio minuto de espera entró D. Carlos, arrastrando los pies, con gorro de terciopelo calado hasta las orejas, y la capa de *andar por casa*, bastante más vieja que la que usaba para salir. El uso continuo de ésta prenda, aun más allá del 40 de Mayo, se explica por su aborrecimiento de estufas y braseros que, según él, son la causa de tanta mortandad. Como no estaba embozado, pudo Benina observar que traía cuellos y puños limpios, y gruesa cadena de reloj, galas que sin duda respondían á la etiqueta del aniversario. Con un inconmensurable pañuelo de cuadros se limpiaba la continua destilación de ojos y narices; después se sonó con estrépito dos ó tres veces, y viendo á Benina en pie, la mandó sentar con un gesto, y él ocupó gravemente su sitio en el sillón, compañero de la

mesa, el cual era de respaldo alto y tallado, al modo de sitial de coro. Benina descansó en el filo de una silla, como todo lo demás, de roble con blando asiento de terciopelo verde.

«Pues la he llamado á usted para decirle...»

Pausa. La cabeza de D. Carlos hallábase afectada de un crónico temblor nervioso, movimiento lateral como el que usamos para la denegación. Este *tic* se acentuaba ó era casi imperceptible, según los grados de excitación del individuo.

«Para decirle...»

Otra pausa, motivada por un golpe de destilación. D. Carlos se limpió los ojos ribeteados de rojo, y se frotó la recortada barba, la cual no tenía más razón de ser que la pereza de afeitarse. Desde la muerte de su esposa, el buen señor, que sólo por ella y para ella se rapaba la cara, quiso añadir á tantas demostraciones de duelo el luto de su rostro, dejándolo cubrir, como de una gasa, de pelos blancos, negros y amarillos.

«Pues para decirle á usted que lo que le pasa á la Francisca, y el encontrarse ahora en condición tan baja, es por no haber querido llevar cuentas. Sin buen arreglo, no hay riqueza que no venga á parar en la mendicidad. Con orden, los pobres se hacen ricos. Sin orden, los ricos...

—Paran en pobres, sí, señor,—dijo humilde-

mente Benina, que, aunque ya sabía todo aquello, quiso recibir la máxima como si fuera descubrimiento reciente de D. Carlos.

—Francisca ha sido siempre una mala cabeza. Bien se lo decíamos mi señora y yo: «Francisca, que te pierdes, que te vas á ver en la miseria,» y ella... tan tranquila. Nunca pudimos conseguir que apuntara sus gastos y sus ingresos. ¿Hacer ella un número? Antes la matarían. Y el que no hace números, está perdido. ¡Con decirle á usted que no supo jamás lo que debía, ni en qué fecha vencían los pagarés!

—Verdad, señor, mucha verdad,—dijo Benina suspirando, en expectativa de lo que Don Carlos le daría después de aquel sermón.

—Porque usted calcule... si yo tengo en mi vejez un buen pasar para mí y para mis hijos; si no me falta una misa en sufragio del alma de mi querida esposa, es porque llevé siempre con método y claridad los negocios de mi casa. Hoy mismo, retirado del comercio, llevo al día la contabilidad de mis gastos particulares, y no me acuesto sin pasar todos los apuntes á la agenda, y luego, en los ratitos libres, lo paso al Mayor. Vea usted, véalo para que se convenza—añadió marcando más el temblor negativo.

—Lo que yo quisiera es que Francisca pudiera aprovechar esta lección. Aún no es tarde... Entérese usted.»

Y cogió un libro, y después otro, y los fué mostrando á la Benina, que se acercó para ver tanta maravilla numérica.

«Fíjese usted. Aquí apunto el gasto de la casa, sin que se me pase nada, ni aun los cinco céntimos de una caja de fósforos; los cuartos del cartero, todo, todo... En este otro chiquitín, las limosnas que hago y lo que empleo en sufragios. Limosnas diarias, tanto. Limosnas mensuales, cuánto. Después lo paso todo al Mayor, donde se puede saber, día por día, lo que gasto, y hacer el balance... Usted calcule: si Francisca hubiera hecho balance, no estaría como está.

—Cierto, señor, muy cierto. Y yo le digo á la señora que haga balance, que lleve todo por apuntación, lo que entra como lo que sale. Mas ella, cómo ya no es niña, no puede apencar por la buena costumbre. Pero es un ángel, señor, y no hay que reparar en si apunta ó no apunta para socorrerla.

—Nunca es tarde para entrar por el aro, como quien dice. Yo le aseguro á usted que si hubiera visto en Francisca siquiera intenciones ó deseos de llevar sus cuentas en regla, le hubiera prestado... prestar no, le hubiera facilitado medios de llegar á la nivelación. Pero es una cabeza destornillada; convenga usted conmigo en que es una cabeza destornillada.

—Si, señor, convengo en ello.

—Y se me ha ocurrido... para eso la he llamado á usted... se me ha ocurrido que el mejor donativo que puedo hacer á esa desgraciada es este.»

Diciéndolo, D. Carlos cogió un libro largo y estrecho, nuevecito, y lo puso delante de sí para que Benina lo cogiera. Era una agenda.

«Vea usted—dijo el buen señor hojeando el libro:—aquí están todos los días de la semana. Fíjese bien: á un lado, la columna del *Debe*; á otro, la del *Haber*. Vea cómo en los gastos se marcan los artículos: carbón, aceite, leña, etc... Pues ¿qué trabajo cuesta ir poniendo aquí lo que se gasta, y en esta otra parte lo que ingresa?»

—Pero si á la señora no le ingresa nada.

—¡Caramelos!—exclamó Trujillo dando una palmada sobre el libro.—Algo habrá, porque su poco de consumo hacen ustedes, y para ese consumo alguna cantidad, corta ó larga, chica ó grande, han de tener. Y lo que usted saca de las limosnas, ¿por qué no ha de anotarse? Vamos á ver, ¿por qué no ha de anotarse?»

Benina le miró entre colérica y compadecida. Pero más pudo la ira que la lástima, y hubo un momento, un segundo no más, en que le faltó poco para coger el libro y estampárselo en la cabeza al Sr. D. Carlos. Conteniendo su furor, y para que el monomaniaco de la contabilidad

no se lo conociera, le dijo con forzada sonrisa: «De modo que el señor apunta las perras que nos da á los pobres de San Sebastián.

—Día por día—replicó el anciano con orgullo, moviendo más la cabeza.—Y puedo decirle á usted, si quiere saberlo, lo que he dado en tres meses, en seis, en un año.

—No, no se moleste, señor—indicó Benina, sintiendo otra vez ganas de darle un papirotazo.—Llevaré el libro, si usted quiere. La señora se lo agradece mucho, y yo también. Pero no tenemos pluma ni lápiz para un remedio.

—Todo sea por Dios. ¿En qué casa, por pobre que esté, no hay recado de escribir? Se ofrece echar una firma, tomar una cuenta, apuntar un nombre ó señas de casa para que no se olviden... Tome usted este lápiz, que ya está afilado, y lléveselo también, y cuando se le gaste la punta, se la saca usted con el cuchillo de la cocina.»

Y á todas éstas, D. Carlos no hablaba de darle ningún socorro positivo, concretando su caridad á la ofrenda del libro, que debía ser fundamento del orden administrativo en la desquiciada hacienda de Doña Francisca Juárez. Al verle mover los labios para seguir hablando, y echar mano á la llave puesta en el cajón de la izquierda, Benina sintió grande alegría.

«No hay ni puede haber prosperidad sin administración—afirmó D. Carlos, abriendo la ga-

veta y mirando dentro de ella.—Yo quiero que Francisca administre, y cuando administre...

—Cuando administre, ¿qué?—dijo Benina con el pensamiento.—¿Qué nos va usted á dar, viejo loco, más loco que los que están en Leganés? Así se te pudra todo el dinero que guardas, y se te convierta en pus dentro del cuerpo para que revientes, zurrón de avaricia.

—Coja usted el libro y el lápiz, y lléveselo con mucho cuidado... no se le pierda por el camino. Bueno: ¿se ha hecho usted cargo? ¿Me responde de que apuntarán todo?

—Sí, señor... no se escapará ni un verbo.

—Bueno. Pues ahora, para que Francisca se acuerde de mi pobre Pura y recee por ella... ¿Me promete usted que rezarán por ella y por mí?

—Sí, señor: rezaremos á voces, hasta que se nos caiga la campanilla.

—Pues aquí tengo doce duros, que destino al socorro de los necesitados que no se determinan á pedir limosna porque les da vergüenza... ¡pobrecitos! son los más dignos de conmiseración.»

Al oír *doce duros*, Benina abrió cada ojo como la puerta de una casa. ¡Cristo, lo que ella haría con doce duros! Ya estaba viendo el descanso de muchos días, atender á tantas necesidades, tapar algunas bocas, vivir, respirar, dando de mano al petitorio humillante, y al suplicio de la busca por medios tan fatigosos. La pobre mu-

jer vió el cielo abierto, y por el hueco la docena de pesos, compendio hermosísimo de su felicidad en aquellos días.

«Doce duros—repitió D. Carlos pasando las monedas de una mano á otra;—pero no se los doy en junto, porque seria fomentar el despilfarro: se los asigno...»

Á Benina se le cayeron las alas del corazón.

«Si se los diera, mañana á estas horas no tendría ya ni un céntimo. Le señalo dos duros al mes, y todos los días 24 puede usted venir á recogerlos, hasta que se cumplan los seis meses, y pasado Septiembre yo veré si debo aumentar ó no la asignación. Eso depende, fijese usted, de que yo me entere, tocante á si se administra ó no se administra, si hay orden ó sigue el... el caos. Mucho cuidado con el caos.

—Bien, señor—manifestó Benina con humildad, pensando que más cuenta le tenia conformarse, y coger lo que se le daba, sin meterse en cuestiones con el estrafalario y ruin vejete.—Yo le respondo de que se llevarán los apuntes con *ministración*, y no se nos escapará ni una hilacha... ¿Con que pasará los días 24? Nos viene bien para ayuda de la casa. El Señor se lo aumente, y á la señora difunta téngala en su santo descanso... por jamás amén.»

D. Carlos, después de anotar, gozando mucho en ello, la cantidad desembolsada, despidió á

Benina con un gesto, y mudándose de capa y encasquetándose el sombrero nuevo, prenda que no salía de la caja sino en días solemnes, se dispuso á salir y emprender con voluntad segura y firme pie las devociones de aquel día, que empezaban en Montserrat y terminaban en la Sacramental de San Justo.

XII

«El demontre del viejo—se decía la *señá* Benina, metiéndose á buen andar por la calle de las Urosas,—no puede hacer más que lo que le manda su natural. Válgate Dios: si cosas muy raras cria Nuestro Señor en el aquél de plantas y animales, más raras las hace en el aquel de personas. No acaba una de ver verdades que parecen mentiras... En fin, otros son peores que este D. Carlos, que al cabo da algo, aunque sea por cuenta y apuntación... Peores los hay, y tan peores... que ni apuntan ni dan... El cuento es que con estos dos duros no se me arregla el día, porque quiero devolverle á Almudena el suyo, que bueno es tener con él palabra. Vendrán días malos, y él me servirá... Me quedan veinte rea-

les, de los cuales habré de dar parte á *la niña*, que está pereciendo, y lo demás para comer hoy, y... Tendré que decirle á la señora que su pariente no me ha dado más que el libro de cuentas, con el cual y el lápiz pondremos un puchero que será muy rico... caldo de números y substancia de imprenta... ¡qué risa!... En fin, para las mentiras que he de decirle á Doña Paca, Dios me iluminará, como siempre, y vamos tirando. Á ver si encuentro á Almudena por el camino, que ésta es la hora de subir él á la iglesia. Y si no nos tropezamos en la calle, de fijo está en el café de la Cruz del Rastro.»

Dirigióse allá, y en la calle de la Encomienda se encontraron: «Hijo, en tu busca iba—le dijo la Benina cogiéndole por el brazo.—Aquí tienes tu duro. Ya ves que sé cumplir.

—*Amri*, no tener priesa.

—No te debo nada... Y hasta otra, Almudemilla, que días vendrán en que yo carezca y tú me sirvas, como te serviré yo viceversa... ¿Vienes del café?

—Sí, y *gatoier* si querer tú *migo*. Convidar tigo.»

Asintió Benina al convite, y un rato después hallábanse los dos sentaditos en el *café económico*, tomándose sendos vasos de á diez céntimos. El local era una taberna retocada, con ridículas elegancias entre pueblo y señorío; dorados

chillones; las paredes pintorreadas de marinas y paisajes; ambiente fétido, y parroquia mixta de pobretería y vendedores del Rastro, locuaces, indolentes, algunos agarrados á los periódicos, y otros oyendo la lectura, todos muy á gusto en aquel vagar bullicioso, entre salivazos, humo de mal tabaco y olores de aguardiente. Solos en una mesa Benina y el marroquí, charlaron de sus cosas: el ciego le contó las barrabasadas de su compañera de vivienda, y ella su entrevista con D. Carlos, y el ridículo obsequio del libro de cuentas y de los dos duros mensuales. De las riquezas que, según voz pública, atesoraba Trujillo (treinta y cuatro casas, la mar de dinero en papelorios del Gobierno, *muchísimos* miles de miles en el Banco), charlaron extensamente, corriéndose luego á considerar, *verbigracia*, el sinnúmero de pobres que podrían ser felices con toda aquella *guita*, que á D. Carlos le venía tan ancha, pues descontando una parte para sus hijos, que *de natural* debían poseerlo, con lo demás se apañarían tantos y tantos que andan por estas calles de Dios ladrando de hambre. Pero como ellos no habían de arreglarlo á su gusto, más cuenta les tenía no pensar en tal cosa, y buscarse cada cual su mendrugo de pan como pudiera, hasta que viniese la muerte y después Dios á dar á cada uno su merecido. Por fin, con extraordinaria gra-

vedad y tono de convicción profunda, Almudena dijo á su amiga que todos los dinerales de D. Carlos podían ser de ella, si quisiera.

«¿Míos? ¿Has dicho que todo lo de D. Carlos puede ser mío? Tú estás loco, Almudenilla.

—*Tudo* tuya... por la bendita luz. Si no creer mí, *priebar* tú y ver.

—Vuélvemelo á decir: que todo el dinero de D. Carlos puede ser mío, ¿cuándo?

—Cuando querer tí.

—Lo creeré, si me explicas cómo ha de ser ese milagro.

—Mi *sabier* cómo... *Dicir* ti secreto.

—Y si tú puedes hacer que todo el caudal de ese viejo loco, un suponer, pase á ser de otra persona, ¿por qué te conformas con la miseria, por qué no lo coges para tí?»

Replicó á esto Almudena que la persona que hiciera el milagro, cuyo secreto él poseía, había de tener vista. Y el milagro era seguro, por la bendita luz; y si ella dudaba, no tenía más que probarlo, haciendo puntualmente todo cuanto él le dijera.

Siempre fué Benina algo supersticiosa, y solía dar crédito á cuantas historias sobrenaturales oía contar; además, la miseria despertaba en ella el respeto de las cosas inverosímiles y maravillosas, y aunque no había visto ningún milagro, esperaba verlo el mejor día. Un poco

de superstición, un mucho de ansia de fenómenos estupendos y nunca vistos, y otro tanto de curiosidad, la impulsaron á pelir al marroquí explicaciones concretas de su ciencia ó arte de magia, pues esto había de ser seguramente. Díjole el ciego que todo consistía en saber el arte y modo de pedir lo que se quisiera á un sér llamado *Samdai*.

«¿Y quién es ese caballero?

—El Rey de *baixo terra*.

—¿Cómo? ¿Un Rey que esta debajo de la tierra? Pues el diablo será.

—Diablo no: Rey *bunito*.

—¿Eso es cosa de tu religión? ¿Tú qué religión tienes?

—Ser *eibrío*.

—Vaya por Dios—dijo Benina, que no había entendido el término.—¿Y á ese Rey le llamas tú, y viene?

—Y dar ti *tuda* que pedir él.

—¿Me da todo lo que le pida?

—*Siguro*.»

La convicción profunda que Almudena mostraba hizo efecto en la infeliz mujer, quien, después de una pausa en que interrogaba los ojos muertos de su amigo y su frente amarilla lustrosa, rodeada de negros cabellos, saltó diciendo:

«¿Y qué se hace para llamarlo?

—Yo diciendo tí.

—¿Y no me pasa nada por hacerlo?

—*Naida*.

—¿No me condeno, ni me pongo mala, ni me cogen los demonios?

—No.

—Pues ve diciendo; pero no engañes, no engañes, te digo.

—*N' gañar* no tí...

—¿Podemos hacerlo ahora?

—No: *hacirlo* á las doce del noche.

—¿Tiene que ser á esa hora?

—*Siguro, siguro*...

—¿Y cómo salgo yo de casa á media noche?...

Amos, déjame á mí de pamplinas. Verdad que podría decir, un suponer, que se ha puesto malo D. Romualdo y tengo que velarlo... Bueno: ¿qué hay que hacer?

—*N' cesitas cosas mochas*. Comprar tú cosas. Lo *primero* candil de barro. Pero comprarlo has tú sin hablar *paliabra*.

—Me vuelvo muda.

—Muda tú... Comprar cosa... y si hablar no valer.

—Válgate Dios... Pues bueno: compro mi candil de barro sin chistar, y luego...»

Almudena ordenó después que había de buscar una olla de barro con siete agujeros, con siete nada más, todo sin hablar, porque si ha-

blaba no valía. ¿Pero dónde demontres estaban esas ollas con siete agujeros? Á esto replicó el ciego que en su tierra las había, y que aquí podían suplirse con los tostadores que usan las castañeras, buscando el que tuviese siete *bujeros*, ni uno más ni uno menos.

«¿Y ello ha de comprarse también sin hablar?

—Sin hablando *naida*.»

Luego era forzoso procurarse un palo de *ca-r-rash*, madera de África, que aquí llaman laurel. Un vendedor de garrotes, en el primer tinglado *cabe* las Américas, lo tenía. Había que comprárselo sin pronunciar palabra. Bueno: pues reunidas estas cosas, se pondría el palo al fuego hasta que se prendiera bien... Esto había de ser el viernes á las cinco en punto. Si no, no valía. Y el palo estaría ardiendo hasta el sábado, y el sábado á las cinco en punto se le metía en el agua siete veces, ni una más ni una menos.

«¿Todo callandito?

—Hablar *naida, nada*.»

Luego se vestía el palo con ropas de mujer, como una muñeca, y bien vestidito se le arri-maba á la pared, poniéndole derecho, *amos*, en pie. Delante se colocaba el candil de barro, encendido con aceite, y se le tapaba con la olla, de modo que no se viese más luz que la que saldría por los siete *bujeros*, y á corta distancia se

ponía la cazuela con lumbre para echar los sa-humerios, y se empezaba á decir la oración una y otra vez con el pensamiento, porque hablada no valía. Y así se estaba la persona, sin distraerse, sin descuidarse, viendo subir el humo del benjuí, y mirando la luz de los siete agujeros, hasta que á las doce...

«¡Á las doce! — repitió Benina sobresaltada.

—¡Y al dar las doce campanadas viene... sale, se me aparecel...»

—El Rey de *baixo terra*: pedir tú lo que *quierer*, y darlo tú él.

—Almudena, ¿tú crees eso? ¿Cómo es posible que *ese señor*, sin más que las *cirimonias* que has contado, me dé á mí lo que ahora es de Don Carlos Trujillo?

—Verlo tú, si queriendo.

—Pero con tanto *requesito*, si una se descuida un poco, ó se equivoca en una sola palabra del rezo mental...

—Tener tú cuidado *mocha*.

—¿Y la oración?

—Mí enseñarla tú; *dicir* tú: *Semá Israel Adonai Elohino Adonai Ishat*...

—Calla, calla: en la vida digo yo eso sin equivocarme. Como no sea castellano neto yo no atino... Y también te aseguro que tengo mieditis de esas suertes de brujería... quita, quita... Pero ¡ah! ¡si fuera verdad, qué gusto, co-

gerle á ese zorrocloco de D. Carlos todo su dinero... *amos*, la mitad que fuera, para repartirlo entre tantos pobrecitos que perecen de hambre!... Si se pudiera hacer la prueba, comprando los cacharros y el palitroque sin hablar, y luego... Pero no, no... cualquier día iba á venir acá ese Rey Mago... También te digo que suceden á veces cosas muy *fenómenas*, y que andan por el aire los que llaman espíritus ó, verbigracia, las ánimas, mirando lo que hacemos y oyéndonos lo que hablamos. Y otra: lo que una sueña, ¿qué es? Pues cosas verdaderas de otro mundo, que se vienen á éste... Todo puede ser, todo puede ser... Pero yo, qué quieres que te diga, dudo mucho que le den á una tanto dinero, sin más ni más. Que para socorrer á los pobres, un suponer, se quite á los ricos medio millón, ó la mitad de medio millón, pase; pero tantas, *tantísimas* talegas para nosotros... no, esa no cuela.

—*Tuda, tuda* la que haber en el Banco, *millonas mochas, lotería, tuda pa ti, haciendo* lo que decir tí.

—Pues si eso es tan fácil, ¿por qué no lo hacen otros? ¿Ó es que tú solo tienes el secreto? ¡El secreto tú solo! *Amos*, cuéntaselo al Nuncio, que aquí no nos tragamos esas papas... Yo no te digo que no sea posible... y si supiera yo hacer la prueba, la haría, con mil pares... Vuélveme

á decir la receta de lo que ha de comprar una sin hablar...»

Repitió Almudena las fórmulas y reglas del conjuro, añadiendo descripción tan viva y pintoresca del Rey *Samdai*, de su rostro hermosísimo, apostura noble, traje espléndido, de su séquito, que formaban *arregimientos* de príncipes y magnates, montados en camellos blancos como la leche, que la pobre Benina se embelesaba oyéndole, y si á pie juntillas no le creía, se dejaba ganar y seducir de la ingenua poesía del relato, pensando que si aquello no era verdad, debía serlo. ¡Qué consuelo para los miserables poder creer tan lindos cuentos! Y si es verdad que hubo Reyes Magos que traían regalos á los niños, ¿por qué no ha de haber otros Reyes *de ilusión*, que vengan al socorro de los ancianos, de las personas honradas que no tienen más que una muda de camisa, y de las *almas* decentes que no se atreven á salir á la calle porque deben tanto más cuanto á tenderos y prestamistas? Lo que contaba Almudena era de lo que *no se sabe*. ¿Y no puede suceder que alguno sepa lo que no sabemos los demás?... ¿Pues cuántas cosas se tuvieron por mentira y luego salieron verdades? Antes de que inventaran el telégrafo, ¿quién hubiera creído que se hablaría con las Américas del Nuevo Mundo, como hablamos de balcón á balcón con el veci-

no de enfrente? Y antes de que inventaran la fotografía, ¿quién hubiera pensado que se puede una retratar sólo con *ponerse*? Pues lo mismo que esto es aquello. Hay misterios, secretos que no se entienden, hasta que viene uno y dice tal por cual, y lo descubre... ¡Pues qué más, Señor!... Allá estaban las Américas desde que Dios hizo el mundo, y nadie lo sabía... hasta que sale ese Colón, y con no más que poner un huevo en pie, lo descubre todo y dice á los países: «Ahí tenéis la América y los americanos, y la caña de azúcar, y el tabaco bendito... ahí tenéis Estados Unidos, y hombres negros, y onzas de diez y siete duros.» ¡Á ver!...

XIII

No había acabado el marroquí su oriental leyenda, cuando Benina vió entrar en el café á una mujer vestida de negro. «Ahí tienes á esa fandangona, tu compañera de casa.

—¿Pedra? Maldita ella. Sacudir ella yo esta mañana. Venir, *siguro*, con la Diega...

—Sí, con una viejecica, muy chica y muy flaca, que debe de ser más borracha que los

mosquitos. Las dos se van al mostrador, y piden dos *tintas*.

—*Señá* Diega enseñar vicio ella.

—¿Y por qué tienes contigo á esa gansirula, que no sirve para nada?»

Contóle el ciego que Pedra era huérfana; su padre fué empleado en el Matadero de cerdos, con perdón, y su madre *cambiaba* en la calle de la Ruda. Murieron los dos, con diferencia de días, por haber comido gato. Buen plato es el micho; pero cuando está rabioso, le salen pintas en la cara al que lo come, y á los tres días, muerte natural por calenturas *perdiciosas*. En fin, que espicharon los padres, y la chica se quedó en la puerta de la calle, sentadita. Era hermosa: por tal la celebraban; su voz sonaba como las músicas bonitas. Primero se puso á cambiar, y luego á vender churros, pues tenía tino de comercianta; pero nada le valió su buena voluntad, porque hubo de cogerla de su cuenta la Diega, que en pocos días la enseñó á embriagarse, y otras cosas peores. Á los tres meses, Pedra no era conocida. La enflaquecieron, dejándola en los puros pellejos, y su aliento apestaba. Hablaba como una carreterona, y tenía un toser perruno y una carraspera que tiraban para atrás. Á veces pedía por el camino de Carabanchel, y de noche se quedaba á dormir en cualquier parador. De vez en cuando se